

Notas sobre las necesidades formativas de los agricultores extremeños en el marco de una Europa sostenible y de una sociedad global justa⁽¹⁾

Artemio Baigorri⁽²⁾

Universidad de Extremadura

Intervención en la mesa redonda sobre Estudios y Análisis sobre la Situación de la Formación en el Sector Agrario Extremeño, ACOEX, Mérida, 28/III/2000

Mi intervención no va centrarse en aspectos técnicos, que cualquiera de los otros miembros de la mesa conocen sin duda mejor en sus distintos ámbitos, y más sobre el terreno, y por tanto pueden extenderse más ampliamente sobre dichas cuestiones. Mi última investigación en profundidad sobre necesidades formativas data de hace seis años, y se centraba de hecho en los trabajadores del campo y no en los empresarios o autónomos agrícolas (Baigorri, 1995).

Por ello, creo que mi participación puede ser de mayor utilidad introduciendo algunas cuestiones que están, ciertamente, en el aire, pero que no terminan de concretarse sobre el terreno, a pesar de que los plazos, unos plazos que no están marcados por ninguna institución, sino por el desarrollo social, se están acortando de forma acelerada.

Me referiré por ello a dos cuestiones en particular. En primer lugar, la nueva función de los espacios agrarios en las sociedades modernas, y en particular en la sociedad europea, y los nuevos papeles que consecuentemente toca jugar a los agricultores, todo lo cual está en la base de la nueva reconversión que lenta pero inexorablemente se va acercando: la reconversión hacia la sostenibilidad. Y, en segundo lugar, a algunos fenómenos que caracterizan a nuestro sector agrario en el marco de la globalización, y que deberían condicionar también la formación de los agricultores.

Respecto a la primera cuestión, debo empezar diciendo que si los ecologistas de las primeras generaciones hubiésemos podido hacer un viaje al futuro, nos hubiésemos quedado atónitos de ver que nuestros planteamientos, que eran tachados de radicales y sobre todo de utópicos, están hoy en la agenda más urgente de los principales gobiernos de la tierra, son aplicados por las empresas, son tenidos en cuenta por los consumidores. Decía Mario Gaviria entonces que la *revolución* ecologista era la más acelerada en la Historia de las ideas sociales y políticas, y efectivamente así ha sido. A partir, sobre todo, de la I Cumbre de la Tierra, celebrada en Río en 1992, todo se ha acelerado todavía más. En el marco de la todavía modesta Agenda 21, todos los gobiernos con mayor o menor compromiso trabajan en torno a la necesidad de buscar nuevas estrategias de desarrollo (Sachs, 1995), que sólo pueden pasar por la vía de sostenibilidad, entendida

como la capacidad de optimizar los recursos disponibles en la actualidad sin poner en riesgo los de las generaciones futuras. Si pensamos en la producción agraria, la visión de los expertos no deja lugar a dudas al respecto, en el sentido de que "*los costes de los alimentos deben incluir los daños causados por la agricultura al medio ambiente de las generaciones actuales y futuras*" (Hrubovcak, Vasavada, Aldy, 1999).

Más allá del debate entre optimistas tecnológicos (*cornupianos*) o antimaltusianos más recalcitrantes (Gordon, Richardson, 1999, Simon, 1996) y ambientalistas apocalípticos, todos los agentes sociales más lúcidos en las sociedades desarrolladas se amparan siquiera en una *visión cautelosa* (Daniels, 1999), que nos conduce a prestar mucha atención al tipo de tecnologías que utilizamos para producir los bienes de consumo. Sobre todo porque, además, los consumidores de esos países, en el marco de lo que se ha denominado el *cambio de valores* hacia un tipo de valores llamados post-materialistas, son crecientemente selectivos respecto del tipo de productos que compran (Stern, 1997), castigando cada vez en mayor medida aquellos que no responden a un tipo de producción ética o ambientalmente aceptable.

Por su parte, la Unión Europea, sobre la base de la Agenda 2000, ha asumido plenamente esos nuevos valores, y toda la legislación comunitaria, así como la reorganización presupuestaria, tienen presente el concepto de sostenibilidad, lo que tiene una fuerte incidencia en la Política Agraria Comunitaria. La Comisión ha hecho ya sus recomendaciones explícitas en la comunicación denominada *Pistas para una agricultura sostenible*, presentada a finales de enero de 1999 (COM, 1999b), y que venía acompañada de otra comunicación en la explícitamente se plantea la integración de las consideraciones medioambientales en la PAC (COM, 1999a). Todo esto apenas unos meses antes de que el Consejo Presidencial para el Desarrollo Sostenible de los USA publicara por su parte el informe *Hacia una América Sostenible* (Anderson, Lash, 1999).

Los principios de la sostenibilidad agraria tanto en Europa como en los Estados Unidos son los mismos: un fuerte peso de los principios agroambientales, una redefinición de las funciones metaagrarias del territorio en la línea de los principios en los que algunos investigadores venimos trabajando desde hace veinte años, y consecuentemente una redefinición del rol de *agricultor* como agente económico multifuncional, no necesariamente orientado en exclusividad hacia la agricultura sino también hacia la conservación ambiental o incluso otros sectores como el ocio ambiental.

Tanto en Europa como en América existe la conciencia de la necesidad de preparar a los agricultores para esa nueva situación, orientándolos hacia una forma de ocupación más diversificada, en la que la agricultura solo ocupa un tiempo parcial (Barthelemy, 1999), en suma aceptando una idea de ruralidad muy semejante, aunque no exactamente igual, a la planteada por la utopía ecologista de los '70 (Barthelemy, Vidal, 1999).

En los Estados Unidos, además, la mayor confianza en el mercado incluye una apuesta por la recuperación de la pequeña agricultura (*small farms*), orientada a la producción ecológica y en estrecha relación con los consumidores urbanos, a los que suministran directamente (Perry, 1998). Propuestas que parecían utópicas hace veinte años (Baigorry, 1978), como la agricultura sostenida por las propias comunidades urbanas mediante contratos-programa, son hoy una realidad que se extiende por los Estados Unidos, y próximamente serán habituales en Europa (Brown, 1999). Los Estados de California, Nebraska o Minnesota son algunos de los pioneros, en algunos casos desde hace una

década, en el desarrollo de sistemas de agricultura sostenible apoyados por los consumidores urbanos responsables. Una agricultura que además pretende ser una *agricultura saludable* (McDuffie, 1995), como lo fue antes de su industrialización (Baigorri, 1984).

Por supuesto, la agricultura sostenible no es necesariamente una agricultura justa, sino sencillamente una agricultura técnicamente compatible con el medio ambiente. La sostenibilidad incorpora una justicia diacrónica, inter-generacional, pero no es necesariamente justa en términos sincrónicos o intra-generacionales. Los temas sociales siguen pendientes, como han recalcado algunos estudios (Allen, 1993), y entre ellos los de los asalariados, especialmente los inmigrantes. Porque la sostenibilidad debe ser tanto ambiental como social (Sachs, 1996). Igual que el tema de los inmigrantes, hay que considerar el de la pobreza rural, crecientemente olvidada en los países desarrollados por el impacto de la pobreza urbana; en todos los países avanzados siguen persistiendo (no sólo en Europa, sino en los Estados Unidos) bolsas rurales de pobreza en la que persisten tendencias migratorias que pueden poner en riesgo la conservación del territorio (Cushing, 1997). De hecho, a pesar de lo que creen algunos visionarios (Magdoff, Buttel, Bellamy, 1998) que han recuperado las percepciones que teníamos otros visionarios hace dos décadas, el capitalismo no es incompatible con una agricultura sostenible, por lo que seguirán siendo necesarias políticas sociales en el campo. Pero además de esas políticas sociales, es necesaria la preparación de la población rural para la convivencia multicultural, para la tolerancia frente a los extraños.

Estrechamente relacionada con todas las cuestiones que hemos manejado están las nuevas estrategias de desarrollo que las sucesivas cumbres mundiales están poniendo de manifiesto. El fracaso de la más reciente cumbre económica pone de manifiesto el rechazo, no sólo por parte de los propios países en vías de desarrollo, sino también por parte de crecientes capas de la población de los países desarrollados, con la división internacional del trabajo existente. Más allá de la sostenibilidad ambiental y social a nivel local, la globalización pone de manifiesto la inevitabilidad de una gestión sostenible, desde un punto de vista ambiental y social, del conjunto del planeta, lo que presupone una transformación radical en los esquemas del comercio. O los países ricos empiezan a comprar seriamente a los países en desarrollo lo único que realmente pueden producir, alimentos, o el planeta se dirigirá a una situación de caos de consecuencias impredecibles; o las fronteras del trabajo se permeabilizan, según el modelo de las fronteras del capital, o los riesgos de conflicto se agudizarán asimismo. Todo ello, obviamente, tiene unas consecuencias directas en nuestra agricultura, y hace todavía más urgentes, si cabe, las propuestas de la Comisión de las Comunidades.

Todo lo cual pone de manifiesto la necesidad de hacer un auténtico punto y seguido en las políticas de formación y capacitación de los agricultores. Hay que replantearse dicha formación hacia unos criterios de sostenibilidad, tecnologías adecuadas, agroecología de pequeña producción orientada al consumo especializado, diversificación de las actividades productivas, conservación ambiental, etc.

Por otra parte, las tendencias que se observan ponen de manifiesto que dicha reformulación de la capacitación no es una cuestión meramente técnica. Si no se busca la participación de los científicos sociales, y en particular de los sociólogos, en el diseño de la nueva capacitación agrícola, en la nueva reconversión, se corre el riesgo de no acertar, como se ha demostrado en los USA durante la primera administración Clinton-Gore, en que empezaron a implementarse programas en esta dirección (Cernea, 1991). Otros es-

tudios realizados en otros países han mostrado la necesidad de atender a las variables antropológicas y sociológicas para comprender las claves de la transición de la agricultura convencional a agriculturas más dulces, como la orgánica (Fairweather, 1999). Los estudios más serios sobre la materia que se están haciendo en el planeta ponen de manifiesto que la sostenibilidad ambiental y social exige de la creación de una nueva base de conocimientos, que debe ser transdisciplinaria, esto es superando las limitaciones que las ciencias de la naturaleza, las ciencias sociales y la economía, o las técnicas, tomadas aisladamente (Becker, Jahn, Stiess, Wehling, 1997).

1. Intervención en la mesa redonda sobre Estudios y Análisis sobre la Situación de la Formación en el Sector Agrario Extremeño, ACOREX, Mérida, 28/III/2000

2. A.Baigorri enseña Sociología General a los estudiantes de Economía y Relaciones Laborales, y Medio Ambiente y Sociedad a los estudiantes de Ciencias Ambientales.